

Rubio, Juan Manuel y colaboradores

Psicología Jurídica-Forense y Psicoanálisis – 1° ed. – Buenos Aires – Letra Viva, 2010.

598 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-649-280-9

1. Psicoanálisis. I. Título

CDD 150.195

Edición al cuidado de LEANDRO SALGADO

© 2010, Letra Viva, Librería y Editorial
Av. Coronel Díaz 1837, (1425) C. A. de Buenos Aires, Argentina
www.letravivalibros.com | info@imagoagenda.com

Por contactos con el autor: rubjuanmanuel@gmail.com

Diseño de portada: Juan Pedro Rubio
Fotografías de portada: "Jüdisches Museum Berlin" por Juan Pedro Rubio

Primera edición: Abril de 2010

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método, incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

CAPÍTULO 3

CAMPOS DE APREHENSIÓN¹

SUMARIO: Introducción. I. Campo de la Mirada. I.A. La Mirada naturalista. I.B. Orden antropológico de la Mirada. II. Campo de la Escucha. II.A. La Escucha psicoanalítica. II. B. Orden antropológico de la Escucha. III. Para finalizar.

INTRODUCCIÓN

Ya abordamos la problematicidad de la delimitación de la psicología jurídica como respuesta a una demanda social y como pregunta ante las situaciones planteadas en tal operatoria. Al considerar la pregunta por el cientismo, tuvimos presente que, una posibilidad de pensar el origen de tal tarea surge desde los supuestos propios de la urdimbre creencial naturalista a partir de un cambio en el modo en que el hombre se concibe a sí mismo, en especial en aquello de sí que pretende dejar de lado, tal como ocurre con lo rotulado de Locura. No apareció, entonces, tan diferenciada la tarea clínica de la tarea ligada a la de juzgar al semejante, valorado desde tales criterios sociales, encarnado tal juicio en el lugar del científico y haciéndolo desde las llamadas ciencias naturales.

Continuando la trama de nuestras reflexiones con el trabajo realizado por Jorge Saurí, podemos ahora avanzar a partir del estudio de los cam-

1. Las ideas contenidas en el presente capítulo están basadas en un capítulo de la tesis doctoral "Hallazgos a partir de la obra de un autor argentino. Una lectura del pasado por J. Saurí". Aquí es retrabajada una parte de la versión que se publicó en Consonancias N° 23. Marzo 2008.

pos de aprehensión que se fueron delimitando al variar los modos en que, por sentado que el tema no es nuevo, se darán algunas notas del mismo. Como una primera aproximación —para pasar luego al plano antropológico— se tomarán dos actitudes bien diferenciadas: en un extremo el abordaje propio del psiquiatra naturalista, en herencia del surgimiento que trabajamos en el capítulo anterior y en el otro el del psicoanalista. Se lo hará de tal forma que permita pensar en su diferencia, para pasar luego a su explicitación de manera más desarrollada.

El *psiquiatra naturalista* se presenta como quien sabe sobre la enfermedad mental, como sujeto cognoscente que observará —sin participar de la situación— a su objeto cognoscible —el paciente— el cual debe brindar los datos para ser clasificado, por su observador, según un código disponible, o, en su defecto, tales datos deberán ser aportados por otro observador, ya sea un familiar o alguien que participe de algún modo de convivencia con el enfermo, incluso en la internación.

Esquematisándolo:

PSIQUIATRA NATURALISTA

Sujeto observador
Poseedor del saber
Clasificador

PACIENTE

Objeto observado
Portador de datos
Clasificado (el qué)

En el otro polo ubicamos al *psicoanalista*, el cual, para poder intervenir, tiene ya que participar en la vida de su analizante a través de la transferencia, en calidad de objeto de su analizante. Por lo tanto, en esta situación, el sujeto es quien consulta, poseedor de un saber sobre sí no sabido en forma consciente —sujeto de lo inconsciente—, que ubica como objeto a su consultado, el psicoanalista, el cual deberá aprehender lo que ocurre en un campo donde ambos participan, a través de lo dicho y lo no dicho desde la singularidad del analizante.

Esquematisándolo:

PSICOANALISTA

Objeto transferencial
Docta ignorancia
Escucha en transferencia

ANALIZANTE

Sujeto de lo inconsciente
Saber no sabido
Singularidad (el quién)

A partir de la enseñanza de la historia de las ideas “psiquiátricas”² se desprenden dos campos de aprehensión de los datos que, en tanto actitudes de aprehensión, se los ha llamado campo de la Mirada –propio del psiquiatra naturalista, aunque no exclusivo– y de la Escucha –ejemplificado en el psicoanalista–. Si bien estos términos podrían ser entendidos desde lo sensorial, ya que en la tarea de asistencia se mira y escucha a quien consulta, se los puede comprender, más allá de ello, –y así serán tomados– como campos epistémicos³.

La Mirada y la Escucha han sido tematizados por muchos autores, desde distintos planteos. Sería imprescindible ampliar su estudio si el interés aquí fuera otro. Por citar sólo algunos de esos autores se puede mencionar el tema de los objetos de la pulsión escópica –mirada– e invocante –voz– anunciado por Freud y estudiado por Lacan⁴, así como la temática de los lazos sociales cuando lo que está en juego, por ejemplo, es lo especular o el orden de la voz paterna⁵. Por cierto que sería muy importante abordar la mirada o la voz de Dios, así como la incidencia de la mirada en la tradición griega y la de la escucha en la tradición semítica. Pero en este capítulo se los considera sólo según el presente interés sobre el diálogo entre disciplinas o entre los distintos abordajes propios del ámbito psi. Para su exposición, primero serán puntuadas notas de su aparición en la historia de las ideas “psiquiátricas” y luego se ampliará su ubicación en el orden antropológico.

I. CAMPO DE LA MIRADA

I. A. La Mirada naturalista

El clásico cuadro de Brouillet, que muestra a *Charcot en una lección clínica en la Salpêtrière*, permite captar la distribución de los lugares que genera la Mirada tal como opera en el naturalismo. En su clase magistral, Charcot enseña a mirar “lo importante”, que en la representación queda

2. Recuérdese que en el capítulo anterior se hizo referencia a “psiquiatría”, en relación al estudio de las ideas, según lo entiende Saurí, como abarcando el ámbito psi, no encaillado en la consideración médica.
3. De su estudio se ocupó Saurí en muchas publicaciones (1973; 1975, Págs.67-85, 195-214; 1982, Págs. 12-20; 1991, Pág.77; 1994b, Págs.47-63). Cuando las citas están entre paréntesis se refieren a obras de Saurí que están en la bibliografía al final del capítulo.
4. Cf. Assoun P-L. *La mirada y la voz*. Nueva Visión. Buenos Aires. 1997.
5. Cf. Abécassis J. *La voz del padre*. Nueva Visión. Buenos Aires. 2005.

explicito en su gesto indicativo. La paciente está para ser exhibida como un "cuadro clínico" y así debe mostrarse en escena. Los espectadores deben tratar de aprender a mirar lo que el maestro describe, mientras los ayudantes y enfermeras están prestos a recibir una orden en caso de que su asistencia sea requerida por el director de escena.

Este modo visual de conocer se plasmó a partir de la metáfora luminis-
jetivamente" en el espacio extenso, desde una posición de observador "ob-
participante. En este campo operativo de descripción, ubicada la duda en
el objeto, se cuenta con una figura -clínica, cuadro clínico-, a partir de la
ostensivo, que se recortará como primer plano y se organizará en una cla-
sificación.

Ya el método empirista permitió recolectar y registrar datos -fueron
do de referente a la cronología-; basta pensar en la obra de Pinel. En su
lectura de los síntomas, el *cursus morbi* le sirve al criticismo psiquiátrico
de ordenador y permite diferenciar las afecciones agudas de las crónicas
como un parámetro puesto desde fuera del objeto de estudio, tal como fue
empleado magistralmente por Kraepelin. Este inventario de síntomas, or-
denado en el tiempo, hace posible dar una identidad a partir del nombre
que se le atribuye -lo cual marca una gran diferencia con la yuxtaposición
temporal que aparece en las pinturas realizadas desde el pensamiento me-
dieval-, es una Mirada que hace inventarios, donde la unidad es otorga-
da por la cronología y con el predominio en lo sintagmático. Una vez le-
grado ese "cuadro", los datos que no entren en aquellos privilegiados por
la percepción y sus relaciones, serán dejados de lado.

Con Charcot se profundiza el método y se amplía el campo de la Mi-
rada a partir del hipnotismo. Empleándolo como método experimental, le
permite llegar a datos que no se pueden registrar directamente. Destaca
en sus lecciones que afirma lo que ve, a tal punto que se define a sí mis-
mo como fotógrafo⁶. Es muy clara la descripción de Freud sobre la mane-
ra de trabajar de su maestro:

[...] solía mirar una y otra vez las cosas que no conocía, reforzaba día tras
día la impresión que ellas le causaban, hasta que de pronto se le abría el
entendimiento. Y era que entonces, ante el ojo de su espíritu, se ordena-
ba el aparente caos que el retorno de unos síntomas siempre iguales se-
mejaba; así surgían los nuevos cuadros clínicos, singularizados por el en-
lace constante de ciertos grupos de síntomas; los casos completos y ex-

6. Charcot, J-M. "Gran histeria o histero-epilepsia" (1887-8). en Saurí, J. (comp.) *Las his-
terias*. Buenos Aires. Nueva Visión. 1979, Pág. 121.

tremos, los “tipos”, se podían recortar con el auxilio de una suerte de esquematización⁷.

“La impresión que ella le causaba”: se trata de su registro en el momento en que era ordenado por “el ojo de su espíritu”. O, en palabras de Charcot es: “si conocen la clave reconstruirán rápidamente en la mente...”; por lo cual Freud dice que tal recorte era gracias al: “auxilio de una suerte de esquematización”. Ve en la mente lo que sabe que debe ver; por eso, si el caso no es completo, se lo ubica en el “tipo”, aunque falte alguno de sus elementos pues

[...] a pesar de la inmensa variedad aparente de fenómenos, se trata siempre de lo mismo⁸.

La Mirada se hizo crítica, y así discrimina desde un modelo conceptual previo en el que –en una relación asimétrica con el observado– el sujeto –el médico– es el que sabe y recorta en el objeto aquello que le interesa, dictándole a tal paciente –sin “darse cuenta” ninguno de los dos participantes– el comportamiento que espera de él. Mas allá del campo sensorial, es un campo epistémico, que crea un ambiente donde es colocado el objeto de estudio; como hace el hipnotizador, que aísla ese objeto de su mundo y lo toma como independiente de él. La entidad nosológica sirve como un cuadro lógico previo, que permite diferenciar y describir los síntomas desde una ordenación jerárquica. En síntesis, con la duda puesta en el objeto, se monta la escena organizando el espectáculo sin dudar de su representación, y en su montaje se compagina lo enmarcado desde el lugar que la misma Mirada le permite.

I. B. Orden antropológico de la Mirada⁹

Partamos de una primera diferencia: ver no es lo mismo que mirar. Al ver aprehendo lo visible, pero puedo ir por la calle viendo mientras camino, y recién cuando en un momento algo me solicita, llama mi atención,

7. Freud, S. Charcot (1893). en Obras completas, Buenos Aires. Amorrortu, 2001. T.III. Pág. 14.
8. Charcot, J-M. “Gran histeria... Pág. 117
9. Este acápite es la reescritura y ampliación de parte de un texto ya publicado. Rubio, J. M. “Supuestos antropológicos. Musicoterapia en psiquiatría”. En VVAA: Psicosis. Intervenciones en la emergencia. Buenos Aires Servicio de E. I. Htral. Borda. 1º ed. 1991. Págs.82-3.

entonces lo miro. En la Mirada me demoro. Por lo tanto es una actividad intencional, que

[...] tiene por finalidad aprehender e incorporar en la esfera de lo propio (1994a, p. 49).

Mirar es intencionar el ver, como cuando Charcot direcciona el ver a su público, “miren como...”, siendo él quien genera esa sollicitación. Al intencionar, realizo una *selección de lo visto*, que siempre va más allá de lo que se ve. Lo que aparece recortado es un espectáculo, el cual opera sobre mí, generando una permisión para ver algo y, al mismo tiempo, una restricción para lo que queda fuera. Con esta operación se *realiza un ordenamiento de las cosas y una distribución* determinada de las mismas. Por ello en la mirada se ve lo que “se puede ver” según esa ordenación del espectáculo.

Lo que *se fija es un horizonte*, entendiéndolo en principio como un límite fáctico-óptico, pero que en realidad está delimitando en él tanto un más-acá, cómo también –al abrir una posibilidad– un más-allá, no visible actualmente –pero no por eso menos real–. Es por esto que hablamos de horizontes culturales, económicos, que posibilitan ese más-allá aún no actual pero al que abren un más-allá de lo que capto en el más-acá; es decir que se aprehende más de lo que se ve. Este más-acá visible se encuentra bajo el cuidado cultural, propio de sus imágenes, que permiten, por ejemplo, elegir como vestirse, así como también dan un código de interpretación convencional para ver al otro con esos mismos parámetros –con la reducción que esto implica–. Entre el más-acá y el más-allá está el imaginario, y las imágenes de esos mundos posibles en el más-allá dependen sólo del imaginario del que mira. Paradojalmente, *la mirada se convierte en una aventura librada al imaginario personal*, aunque para el naturalismo parezca propiciar una lectura “objetiva”, una captación pura de lo que se ve ante los ojos.

Dentro de este horizonte, lo que se capta no es una copia de lo que se “ve”, sino lo que *miro desde una perspectiva, ubicado en situación*. Ya sabemos que la versión matemático-racionalista no es la única perspectiva posible; las perspectivas pueden ser muchas, y ello plantea problemas. Uno de ellos ocurre en el contemplar la forma “ilusoria”, donde *apoyándose en lo que existe, se ve algo que no existe así*, como sucede en la técnica del trampantojo, tal como ocurre con el artesonado de Conceição da Praia en San Salvador de Bahía, pintado por José Joaquim de Rocha, donde se ven hornacinas y columnas en una bóveda, pero que no son sino efectos de perspectiva. El trampantojo también es empleado, por ejemplo,

en las publicidades de los estadios de fútbol (en general a los costados de los arcos), donde se ven volúmenes que, sin embargo, son pinturas en dos dimensiones. En estos casos, por efecto de la perspectiva, la Mirada capta dimensiones inexistentes. En la tarea diagnóstica, por ejemplo, se debe tener en cuenta que:

[La Mirada] engaña y crea una ilusión constituida por materiales provenientes del espectáculo mirado y de los deseos del diagnosticador (1994a, p. 55).

Además de la ilusión, otra característica problemática de *la perspectiva* es la de ser “*deformante*” a la manera de la anamorfosis de los sueños, o como en el clásico cuadro de Holbein el joven, donde la calavera que se ve en el piso del cuadro *Los embajadores* sólo se percibe si se mira la obra desde la derecha; de otra manera es un objeto irreconocible. De modo similar, las convenciones vigentes pueden hacer mirar desde una única manera.

Si el trampantojo introduce el futuro, la ilusión y el peligro de tomar por real lo que no es, la anamorfosis lo hace con la deformación, proceso propio de la actividad imaginaria en relación con el contexto sociocultural y espiritual (1994a, p. 56).

Cabe insistir: *el mundo que observo* no es copiado en una representación, sino que *es recreado* desde la perspectiva del observador.

La perspectiva *ubica el objeto en un espacio*, según cual sea la preocupación dominante. Puede ser que se lo identifique, tratándolo como un objeto desde el espacio racional-renacentista, topográfico, o desde el del mundo-de-la-vida, odológico –un espacio de recorridos–. Este último es el espacio del encuentro con el otro donde, a pesar de los cambios de “lugar” –topográficos–, lo que se mantienen son sus relaciones, pues su elasticidad vital es como la de las figuras de la matemática topológica. Es en tal espacio donde se presentan las cosas, no necesariamente de un modo directo, sino que pueden aparecer ante la Mirada en forma enmascarada como siendo otras, u oculta por un velo. Por esto, a diferencia de lo que ocurre con el ver, en la Mirada participa tanto lo visible como lo invisible¹⁰.

10. Para profundizar el tema. Merleau-Ponty, M. Lo visible y lo invisible. Seix Barral. Barcelona. 1970.

Enumerando los elementos descriptos:

Selección: ordenamiento y distribución
Espectáculo: permisión y restricción
Horizonte de posibilidad (más-acá, más-allá)
Perspectiva: ilusoria (trampantojo)
y deformante (anamorfosis)
obediencia a la convención
Espacio topográfico-topológico (odológico)
Presentación y ocultamiento
Centrado en la *Atención*
Imaginario personal
Representación
Visible-invisible

II. CAMPO DE LA ESCUCHA.

Cabe ahora una aclaración. ¿El psiquiatra naturalista no escucha? Si lo pensamos como campo sensorial, ciertamente escucha, en tanto su teoría –implícita– del lenguaje lo lleva a pensar que es una herramienta de comunicación, a través de la cual obtiene los datos que le permiten diagnosticar según lo que oye de su paciente. Sin embargo, por lo ya dicho, se puede afirmar que, más allá del sentido que emplea –vista, oído...–, lo que hace es mirar –como actitud de aprehensión–. En el caso del psiquiatra naturalista, tanto si pregunta al enfermo si escucha voces o si llega a ello a través de una semiología más fina –para concluir desde allí que padece alucinaciones, para ubicarlo, junto con otros síntomas, en un cuadro clínico propio de la clasificación a la que adscribe–, su modo de aprehensión acontece desde el campo epistémico de la Mirada.

Así como la descripción de la Mirada fue hecha con un sesgo concreto, para la Escucha serán tomadas, en una primera descripción, sólo algunas notas de la escucha psicoanalítica, para luego proceder a su lectura antropológica.

II. A. La Escucha Psicoanalítica

Si bien se menciona con más frecuencia a Charcot como maestro de Freud, hay una referencia en su autobiografía que conviene destacar:

Con el propósito de perfeccionar mi técnica hipnótica, fui en 1889 a Nancy, donde pasé varias semanas. Vi allí al anciano Liébauld, en su conmovedora labor con las mujeres y niños de la población obrera, y fui testigo de los experimentos de Bernheim con los enfermos del hospital, adquiriendo intensas impresiones de la posible existencia de poderosos procesos anímicos que permanecían, sin embargo, ocultos a la conciencia¹¹.

De lo que quedó impactado es de la aparición del recuerdo de lo que había sucedido durante la hipnosis, cuando, ya despierto el sujeto, el hipnotizador era lo suficientemente insistente como para que lo relatase. No teniendo ninguna fuente externa como para saberlo, operaban conocimientos en él que él mismo no conocía. Por lo tanto, lo que estaba en juego era la representación psíquica de lo sucedido. Si en Charcot observó cómo intentaba ver lo oculto con la hipnosis, como método de exploración, *en Bernheim pudo captar cómo éste se interesaba por escuchar el relato del paciente* en el momento posterior a la hipnosis. En forma similar, en su trabajo con Breuer afirmaba que las histéricas padecían de reminiscencias, y que *la cura estaba ligada al relato* de las mismas, algo que en principio pensó en su función catártica, para ampliar luego su formulación. Es conocido el paso de la hipnosis al método del apremio, para llegar luego a la asociación libre¹².

El cambio revolucionario que Freud operó está dado en que la palabra ya no es patrimonio del psiquiatra cuando da indicaciones, ni es usada sólo para diagnosticar el pensamiento distorsionado del paciente, sino que

[...] es, a la vez, un sustituto del acto y una acción en sí misma (1982, p.19).

El discurso, que para el psiquiatra naturalista sólo era portador de informaciones, en esta nueva praxis es lo que abre a lo subjetivo —es en ese instante que se constituye el sujeto—, al valorar lo escuchado, siendo a la vez una palabra diagnóstica y terapéutica. Otra novedad es que se reconoce como una *tarea donde participan ambos, el que habla y el que escucha, dependiendo de este último lo que suceda con el decir del primero*. La sola apertura de la sesión analítica, “lo escucho”, es ya una demanda: hable —como el psiquiatra naturalista demandaba: “exhiba”—, y además, quien escucha interpreta —aún con su silencio—, “decidiendo” si lo

11. Freud, S. Presentación autobiográfica (1925). en O c, T.XX. Pág. 17

12. Para un breve recorrido de la investigación freudiana sigue teniendo actualidad: Manoni, O. Freud. El descubrimiento del inconsciente. Buenos Aires. Nueva Visión. Varias ed.

dicho es significativo. De esa manera implica una doble participación del analista, pues demanda con su silencio e interpreta, cuando se ha instalado la transferencia.

El tema es desarrollado en una amplísima bibliografía. Sólo como muestra se menciona un fragmento sobre el modo en que propone la escucha Freud¹³. Se trata de un joven que olvida una palabra en el momento en que estaba conversando con Freud:

¡“Qué tontera olvidar esa palabra!. Pero usted sostiene que nada se olvida sin razón. Me gustaría saber cómo di yo en olvidar ese pronombre indefinido, ‘aliquis’”.

Recogí el desafío gustosísimo, pues me prometía un aporte para mi colección. Le dije pues: En seguida podemos averiguarlo. Sólo tengo que rogarle me comuniquen usted *con sinceridad y sin crítica* alguna todo cuanto se le ocurra dirigiendo usted, sin propósito definido, su atención sobre la palabra olvidada¹⁴.

Hay un obstáculo —el olvido—, vivido como malestar por quien lo padece —“¡qué tontera...!”— y al que le da importancia —“me gustaría saber...”—, busca un motivo para el mismo —“nada se olvida sin razón”—, aunque, con una torsión, ya que ese saber se lo atribuye al interlocutor —“usted sostiene...”—. Señalamos que para que se abra un campo de Escucha es esencial la actitud de quien la posibilita. Este fragmento clínico permite señalar que, además, *para que opere la escucha deben darse condiciones* en quien demanda ser escuchado; de lo contrario ésta no es posible. Esto la ubica en un lugar muy distinto al de la semiología psiquiátrica. Recién en ese momento es posible la operatoria de la asociación libre —“sólo tengo que rogarle...”—, en un trabajo compartido —“podemos averiguarlo”—, y no el de uno solo de ellos, poseedor de los saberes. Dadas estas condiciones transferenciales, puede comenzar la tarea psicoanalítica.

Pasemos ahora al orden antropológico.

II. B. Orden antropológico de la Escucha

Si en la Escucha el que aprehende también participa, hay un *cambio del lugar de la duda*: de estar puesta en el objeto, pasa a estar en el sujeto, abriéndose así una modalidad que es de sospecha, no de certeza como

13. Para un análisis más completo de este fragmento: Rubio, J.M. ¿Por qué Freud no curó a Dora? Buenos Aires, Educa. 2002. Págs. 43-54.

14. Freud, S. Psicopatología de la vida cotidiana. o.c. Tomo VI. Pág. 17

en la Mirada. Así como ésta se diferencia del ver, la Escucha se diferencia del oír. Etimológicamente proviene, según Roberts-Pastor, del indoeuropeo *ous**, oreja, oído, en su versión latina *auscultô* —a partir de **kli-to-*, inclinado—, escuchar, que Corominas lo refiere como *auscultare*¹⁵. Se ubica en el ámbito del registro de sonidos, en tanto estar interesados por aquello cuya significación buscábamos encontrar. En las legiones romanas el *scultator* era quien se infiltraba en las filas enemigas para escuchar, así como también, a través de los ruidos —por ejemplo, con la oreja en el piso, como conocemos de nuestros baquianos— interpretar los datos que se estaban buscando. Si la Mirada buscaba la precisión de las descripciones —con el ideal de lograrlas claras y distintas—, en la Escucha se pasa a priorizar la interpretación correcta.

La solicitud del otro llega a través de la voz, y *la Escucha es una respuesta*. Oír proviene del latín *audire*, siendo uno de sus derivados *oboedire*, obedecer, que marca no un sometimiento, sino un hacer caso a esa palabra, tal como hacemos caso a los códigos de cada lengua. La Mirada atendía a espectáculos, la Escucha obedece a la solicitud de la voz, que no son sólo ruidos, sino que se trata del mundo del lenguaje y en particular, del habla de una lengua concreta. Pero, así como mirar el espectáculo se hacía en perspectiva, en la Escucha contactamos con una realidad invisible: a las palabras no las vemos, y para ello necesitamos una *actitud particular de silencio*. Este, como posibilita escuchar, también es una forma de intervenir, por ejemplo al modo de una puntuación al hacer silencio en un momento de la sesión. A su vez, junto a las voces, el silencio es parte del discurso, pues si se sucediera una palabra tras otra sin corte no entenderíamos nada. Tal como la Mirada da el espacio topológico, el silencio, como lo encontramos en la música, muestra en la Escucha el tiempo vivido (1995b).

Como el paso del ver al Mirar está dado por la atención, el paso del oír al Escuchar lo está por el interés. Oímos voces, una serie de ruidos, pero en un momento dado, este conjunto de *signos fónicos se transforman en un discurso* que nos interesa:

[...] totalidades significativas compuestas por voces y silencios que articulados, entre sí, configuran una unidad sistémica ordenada, estructurada y socialmente edificada según las pautas y convenciones vigentes (1994b, p. 58).

15. Corominas, J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Madrid. Gredos, 1987. Roberts-Pastor Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española. Madrid. Alianza. 1997

Este decir, este discurso, encuentra origen en el *legein* según lo estudia-
ra Heidegger, que ha sido traducido como extender –pero que Saurí pre-
fiere hacerlo como exponer–, cuyos elementos son el poder-formar y el
explicitar para los otros. Así como, por ejemplo, ese sonido que entra por
la ventana es “una ambulancia”, *esas voces son hablas* y, de ser un sim-
ple suceso –algo “dicho”–, si se convierte en un acontecimiento personal,
dan lugar a la historia de su “decir”. El sentido lo adquiere tal ruido en di-
cho encuentro y, dado que *el que escucha participa* en forma inmediata, la
interpretación se impone. En la aprehensión por la Mirada naturalista se
planteaba la creencia en un observador no participante, pero en la apre-
hensión por la Escucha es imposible sostener tal afirmación, como que-
da mostrado en el concepto de transferencia tal como lo utiliza el psicoa-
nálisis. Por esto, la Mirada clasifica lo hablado, mientras que la Escucha
le da significación. Lo que en una es figura a partir de lo informado, en la
otra es relato, que tiene en cuenta lo no-dicho. Se lo puede explicitar así:
el que Mira registra desde lo que sabe, en el que Escucha, *lo dicho le sue-
na desde su docta ignorancia*.

Ante la Mirada aparecen las cosas; se ocupa por lo tanto del aparecer
y el ocultar. En cambio, en la Escucha –sospecha mediante– importa la
pregunta por la verosimilitud, con el juego del engaño y el secreto, lo nun-
ca pronunciado –lo no dicho–. El campo se amplió, va más allá del ima-
ginario personal que en la Mirada ilusiona y deforma; participa ahora del
imaginario cultural, en las *expectativas de las que son portadoras las mis-
mas palabras*, palabras que son posibles pero aún no realizadas, o sea, que
abre a la utopía, se concrete luego o no, teniendo siempre presente ese mar-
gen de indecible. Es una puerta que no está presente en la Mirada ya que
ésta se agota en mostrar. Sólo cuando hablo prometo y, al contactar con
su imaginario, le posibilito al otro la esperanza, generándole una apertu-
ra a su mundo, modo de poder hablar de un mundo de libertad, en el ser-
con, para y hacia. El estudio del performativo instruye al respecto; hay pa-
labras que pronuncio y con las que sello mi compromiso.

Al escuchar al otro, *el que escucha se compromete* en su mundo –y así
está fundando un vínculo–, no va a atender a representaciones como en la
Mirada, sino a escuchar relaciones. Lo que puede variar es el contexto de
lectura según el marco referencial –se constituirá en situación transferen-
cial en un psicoanálisis, o en encuentro si es un abordaje fenomenológico, o
en interacción si se da el marco de la teoría de la comunicación–, pero per-
manece el fenómeno básico de la relación con el otro en las distintas mo-
dalidades de co-participación. En cualquiera de éstas, lo que se buscará es
interesarse en el texto que se produce, localizando ahí el saber, a diferen-
cia del operar de la Mirada, que ubica el saber en las referencias que posee

el observador (que le permiten ajustar lo que aparece a un cuadro nosográfico del que dispone). Quien Escucha intenta, en la relación, *interpretar la estructura existencial de aquel con quien construye esa relación*. Expresado de otro modo, en lo dicho y no-dicho por el Otro, lee un texto, no una constelación de síntomas, importando sus relaciones y el vínculo que establece con "su autor"¹⁶. Tanto la teoría del significante como la general de los sistemas tienen en cuenta esta situación y, de ese modo, el centro no está en la identidad sino en la diferencia. La pintura clínica ya congelada no alcanza, puesto que se está en busca de la singularidad en vías de hacerse.

A partir de estas diferencias marcadas, es posible construir un cuadro comparativo sobre los dos modos de aprehensión:

CAMPO EPISTÉMICO DE LA MIRADA

CAMPO EPISTÉMICO DE LA ESCUCHA

Duda en el objeto	Duda en el sujeto
Certeza	Sospecha
Descripción clara y distinta	Interpretación correcta
Espectáculo	Voces
Horizonte	Silencio
Espacio	Tiempo
Atención	Interés
Observador "no participante"	Participa en transferencia
Clasifica "lo hablado", figura	Da significación a "lo hablado", relato
Registra, desde su saber	Resuena, en docta ignorancia
Aparecen cosas	Verosimilitud
Ocultamiento	Engaño, lo no-dicho
Imaginario personal	Imaginario social
Muestra	Promete - abre a la esperanza-
Representación	Relaciones
Saber referencial	Saber de texto
Cuadro en nosología	Estructura existencial
Síntomas	Texto
Identidades	Diferencias
Pintura clínica	Singularidad

III. PARA FINALIZAR

Trabajamos en el presente capítulo a partir de lo que se puede formular como un interrogante: *¿consideramos que tenemos que llegar a un*

16. Ver "Texto" en el Cap. 9.

único modo de aprehender la realidad, común a todas las disciplinas –incluso, a las distintas escuelas en una disciplina–, o más bien tenemos que aprender que aprehendemos de distinto modo la realidad en cada una de ellas? Al considerar la Mirada y la Escucha como dos actitudes de aprehensión presentamos los alcances y límites de cada una de ellas, a tener en cuenta en un posible diálogo. En tal diálogo, un peligro es el de la homonimia: el empleo de la misma palabra puede hacer creer que se habla de lo mismo y por eso se puede hablar creyendo que hay entendimiento.

Para describir la Mirada naturalista se recurrió a Charcot, maestro de la histeria y para la Escucha psicoanalítica a Freud, que realizó su descubrimiento a partir de abordar de otro modo a sus pacientes histéricas. Aprovechemos para preguntar: ¿Cuándo estos dos grandes maestros trabajan, lo están haciendo con “la misma” histeria? Desde el nombre dado parecería que sí, pero, desde lo planteado en el modo de aprehender de ambos, uno atiende al *qué* clasificatorio y el otro al *quién* singularizante, lo cual los ubica en un lugar muy distinto, como puede observarse en los requisitos necesarios para la Escucha. También, desde la estética de la recepción, sabemos que un texto se termina de construir desde el lector y que la Mirada posibilita sólo una lectura informativa, mientras que la Escucha abre tanto a una lectura hermenéutica como a una mayéutica¹⁷. Por lo tanto, ante la lectura de un informe realizado por alguien que trabaja en un campo epistémico distinto al del lector –más allá de la disciplina, incluso–, o para que el intercambio sea fructífero, es necesario tener en cuenta el modo de lectura de nuestro interlocutor, que permitirá captar no sólo su campo epistémico de aprehensión –con lo que el mismo le permite captar, así como con los límites del horizonte que le marca– sino también, si es posible, descubrir las otras redes de su urdimbre creencial trabajadas en el capítulo anterior –conociendo el paradigma desde el que habla y la ideología que lo porta–, lo cual hará posible entender lo que dice.

Por cierto que *sus efectos se verán tanto en el modo de diagnosticar, de concebir la salud o la patología, como en el de realizar las intervenciones que el caso requiera*. Lo mismo será válido para el diálogo tanto dentro del campo de lo psíquico, en donde las distintas escuelas han llevado en la historia a plantear diferentes intentos sobre la “unidad de la psicología”, como así también en el diálogo entre las disciplinas que participan en el campo de trabajo y poseen sus propios lenguajes y formas de abordaje –los cuales también pueden considerarse desde estas dos actitudes básicas

17. Como es desarrollado en el capítulo 9.

que acabamos de desplegar—. Al trabajar los distintos temas de la praxis los plantearemos tanto desde la Mirada como desde la Escucha y allí quedará más en claro lo que en este capítulo parece más abstracto.

Se posibilitará así poner en crisis las propias matrices y realizar de ese modo una búsqueda —quizás con nuevos paradigmas—, que los discursos consolidados en sus ideologías no permiten hacer.